

El mito de Garibaldi en las Américas

Por *Alberto FILIPPI**

I

EL MITO DE GARIBALDI ya se había extendido de Europa a las Américas cuando él todavía estaba en vida, colocándolo, de manera sorprendente para muchos italianos y franceses de la época, junto a los máximos héroes de la independencia y la *libertas* americana: George Washington y Simón Bolívar. Muchos factores favorecieron la progresiva elaboración de las diversas formas, ideológicas y políticas, del mito garibaldino y de sus usos en la especificidad histórica del continente americano, analizada en el ponderado y esclarecedor ensayo de historia comparada realizado por Pietro Rinaldo Fanesi. Para la comprensión del mito como símbolo de la religión civil que habría debido caracterizar la lucha para la unificación de la península resultaron decisivas las relaciones históricas establecidas entre Italia, Europa y América desde los tiempos del “Héroe de los Dos Mundos”.

Los lazos del joven marinero con América —donde, no debe olvidarse, permaneció durante dos distintos periodos por casi catorce años y se casó con Ana Maria de Jesús Ribeiro, con la cual tuvo cuatro hijos— demuestran, además, cómo la configuración cultural del mito-Garibaldi (y de su culto) aparece, de forma decisiva y contradictoria, vinculada tanto a la lucha por la legalidad republicana —que, con la excepción de Brasil, se había afirmado en toda América— como a la defensa de las monarquías en Europa. Esto es evidente desde el inicio mismo de su presencia en Sudamérica. Su exordio fue decisivo tanto para su formación como para su ubicación política entre los liberales mazzinianos y por lo tanto, como se verá, para su consideración en las posteriores historiografías nacionales de Brasil, Uruguay o Argentina, tan fuertemente divididas entre los liberales “progresistas” y “regresivos”, entre republicanos y monárquicos, entre filo o antibritánicos, entre “federales” y “unitarios”.

* Docente de Historia e instituciones de las Américas e Instituciones políticas comparadas en la Universidad de Camerino y miembro del Comitato Scientifico del Istituto Italo-Latinoamericano en Roma; e-mail: <alberto.filippi@unicam.it>. Versión revisada y ampliada de la introducción a Pietro Rinaldo Fanesi, *Garibaldi nelle Americhe*, Roma, CangeMi, 2007.

En el caso de Brasil, el aún veinteañero Garibaldi participó en la revuelta republicana y secesionista desarrollada en el sur inmediatamente después de la muerte del vizconde de Cairú (1835) y de José Bonifacio (1838), conocida como *Revolução Farrroupilha* (o Guerra dos Farrapos) que proclamaron la república independiente de Río Grande entre 1835 y 1845, con la finalidad de luchar contra el centralismo del sistema imperial portugués. Lucha por la autonomía que se manifestó también en las revueltas de Cabanagem en Pará (1835-1840), en la Balaiada de Maranhão y Piauí, en la Cabanada de Pernambuco y Alagoas y en la Sabinada de Bahía (1837-1844). Todas “revoltas das populações pobres, com grande participação de negros forros, escravos e indígenas ligados a mestiços e a brancos pobres”, que fueron de gran importancia para la evolución de la sociedad brasileña, como ya señaló Caio Prado Júnior en su precursor ensayo de 1933 *Evolução política do Brasil*.¹

Hay que señalar, en el caso específico de Uruguay, que el mazziniano Giovanni Battista Cuneo, llegado de Génova a Montevideo, había constituido en 1838 una filial de la Joven Italia, en combinación con algunos exiliados argentinos como Miguel Cané, Juan Bautista Alberdi, Andrés Somellera y Bartolomé Mitre (que en Buenos Aires habían fundado la Asociación de Mayo un año antes), los cuales se hallaban entonces en la Banda Oriental para combatir al brigadier Juan Manuel de Rosas, dirigente conservador y carismático, defensor de la oligarquía de los estancieros de la provincia de Buenos Aires, feroz represor de los liberales.² En ese contexto, Garibaldi se vio crecientemente envuelto, como veremos, en el largo y duro enfrentamiento originado por la peculiar combinación de guerras civiles entre iberoamericanos y guerra internacional, dada la presencia de británicos y franceses, por el dominio del Río de la Plata y el control de la salida comercial al Atlántico de los productos de la pampa argentina.

Montevideo en esa época había pasado de mano en mano, había sido española, inglesa, de nuevo española, porteña, artiguista, portuguesa y brasileña antes de ser la capital de una república independiente con aproximadamente 31 000 habitantes (de los cuales unos 6 500 eran originarios de distintas provincias de Italia). Garibaldi y la legión

¹ Salvatore Candido, *Giuseppe Garibaldi corsaro riograndense (1837-1838)*, Roma, Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, 1964; Estevão C. De Rezende Martins, “Brasil visto por si mesmo (siglos XVIII-XIX)”, en Josefina Z. Vásquez, ed., *Historia general de América Latina*, vol. VI, *La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*, Madrid, Unesco/Trotta, 2003.

² Alma Novella Marani, *El ideario mazziniano en el Río de la Plata*, La Plata, Centro de Estudios Italianos, Universidad Nacional de La Plata, 1985.

italiana dejaron una profunda huella en el Uruguay, entre los italianos que convivieron con él y sus descendientes y entre los criollos que lucharon a su lado. El mejor ejemplo que corrobora esta herencia garibaldina lo constituye el general Lorenzo Batlle, quien sería más tarde presidente de la República, y padre del también presidente y gran reformador José Batlle y Ordóñez, que peleó bajo las órdenes del italiano en las campañas por la defensa de la capital. Por una curiosa paradoja de la historia, es en este Montevideo sitiado donde empieza a promoverse la unidad entre los italianos de diversos orígenes provinciales: con la utilización común de la lengua, con la difusión de una idea de patriotismo y unidad a partir del periódico *L'italiano* escrito en esa lengua en los años 1841 y 1842, de distribución gratuita, que editó Cuneo.

Cuando la llegada de Garibaldi, la figura dominante para los patriotas orientales era José Gervasio de Artigas, que fue hasta 1820 el máximo sostenedor, como lo sintetizara Juan Bautista Alberdi, de la “idea nacional y oriental que desde 1816 había tomado por divisa: ni portugueses, ni españoles, ni brasileros, ni porteños”. Personaje mítico en torno al cual se originaron miles de documentos: escritos por él mismo, por sus diversos secretarios, por sus comandantes, por diplomáticos o viajeros, que ingresa en una especie de autoexilio al Paraguay del Doctor Francia en 1820. Tal era la fama del “estadista democrata” del que oyó hablar tan insistentemente Garibaldi, del “fundador del Estado oriental”, autor de las *Instrucciones del año XIII* y del *Reglamento de tierras* de 1815, también conocido como Pepe Artigas, el caudillo.³ En breve, adquiere todo su sentido de confesión sincera lo escrito por Garibaldi en su balance autobiográfico al referirse a los años de Montevideo: “considero la campaña de Uruguay como la más brillante de mi vida”.⁴

El otro protagonista decisivo de estos conflictos fue precisamente Rosas, que se opuso con determinación a la presencia de los ingleses y franceses al sur del Brasil, presencia que tenía justamente la finalidad de contrarrestar la política comercial de Buenos Aires hacia Europa. Al comienzo Francia estuvo ansiosa por extender su influencia en el Río de la Plata, por lo cual, con motivo de la falta de respeto a algunos ciudadanos franceses por parte de las autoridades de Rosas, dio inicio al bloqueo el 28 de marzo de 1838, que duró hasta 1840, al cual se agregó un segundo bloqueo realizado junto con la flota británica y que

³ Ana Ribeiro, *El caudillo y el dictador*, Montevideo, Planeta, 2003, pp. 22-23.

⁴ Giuseppe Garibaldi, *Crónicas en la cuenca del Plata* (1872), Enrique Pique, sel. y pról., Montevideo, Arca, 2007, p. 165.

duró de 1845 a 1847. A su vez Rosas, para combatir a los unitarios, había puesto sitio al puerto de Montevideo —originando entre otras cosas daños económicos no menos graves— que se extendió, con variables resultados, del 16 de febrero de 1843 hasta 1851, unos buenos nueve años. Entendiendo que el levantamiento del bloqueo ya era cuestión de vida o muerte para la economía de la provincia bonaerense, Rosas firmó con Gran Bretaña (en mayo de 1849) y con Francia (en agosto de 1850) dos tratados que pusieron fin a la “diplomacia de las cañoneras”, estableciendo la retirada tanto de los franceses como de Rosas del puerto; entonces, aunque en vano, los ingleses se decidieron a un último y tardío apoyo a Rosas, ahora ampliamente combatido al interior mismo de Argentina.⁵

Sin embargo, antes de la caída de Rosas y de la victoria de sus amigos liberales, Garibaldi junto con otros setenta combatientes de la Legión Italiana ya había vuelto el 27 de diciembre de 1847 en el barco *La Esperanza*, a Niza y después a Milán, a luchar contra los austriacos. Por otro lado los uruguayos, ahora aliados con los brasileños (y con las provincias de Entre Ríos y Corrientes), lograron acabar con “la dominación tiránica del gobernador de Buenos Aires” en la batalla de Monte Caseros en 1852, obligando a Rosas a un largo exilio en Inglaterra, que duró casi veinte años, en el curso del cual, en abril de 1864, tuvo ota vez sorprendentes noticias acerca de Garibaldi, aclamado y aplaudido por las calles de Londres por miles de personas y recibido por los ministros Gladstone y Palmerston.

Más que cualquier otro protagonista del Risorgimento —y que el mismo Mazzini—, la figura de Garibaldi fue bien conocida entre los sectores populares y hasta admirada como símbolo de dignidad, de coraje y fuerza para enfrentar las adversidades de la vida: sentimientos que siempre han acompañado y sostenido a tantísimos italianos que emprendieron sucesivas oleadas migratorias a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX hasta casi todo el siglo XX, en cuyo itinerario el inmigrante Garibaldi los había precedido atravesando en dos oportunidades el Atlántico. Admiración difundida, pues, por el Héroe de los Dos Mundos, que constituye un hecho de gran relieve y representa un capítulo muy particular de lo que podemos llamar la historia de los italianos fuera de Italia. Historia alimentada además por una intensa, aunque a veces no claramente visible, circulación de ideas cuyo eclecticismo, desde Mazzini, se extiende del republicanismo al nacionalismo

⁵ Carlos Iburguren, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su tiempo, su drama*, Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán y Cía, 1933, pp. 414-417.

y al liberalismo en sus distintas variedades y formulaciones italianas y europeas. Tal circulación ha encontrado sus puntos nodales de debate y de difusión en los círculos culturales y en los ambientes políticos, incluyendo las logias masónicas (de manera especial después de 1844, cuando Garibaldi en Montevideo, el 18 de agosto, se afilió formalmente a la logia “Les Amis de la Patrie” del Gran Oriente de Francia), así como por medio de periódicos, revistas o en grupos militantes que hacían parte de los nacientes partidos políticos tanto en Londres como en Nueva York, Berlín o París como en Turín, Roma, Lima, Buenos Aires, Caracas o Rosario.

Esta alusión a Mazzini es imprescindible porque el político genovés constituyó, de forma permanente, una de las escalas de comparación a través de las cuales fue conocida y discutida en el mundo político de sus tiempos, también en América, la acción de Garibaldi en el Risorgimento. Aunque la elaboración cultural de Mazzini es mucho más profunda, amplia y rigurosa, no hay duda de que muchas de sus ideas inspiraron y, por lo tanto, coincidieron con las del primer Garibaldi, tanto más que aquél supo valorar y utilizar, llevándolas como ejemplo a todos los italianos, la tenacidad moral y la coherencia patriótica de Garibaldi, señalándolas como las virtudes de la acción civil y política que deberían caracterizar a los hombres de la naciente Italia, así como de la joven Europa.

Al igual que Mazzini, Garibaldi supo vincular la emancipación política con la social y cultural de los pueblos: temas que apasionaban a las clases dirigentes más innovadoras de las repúblicas liberales americanas, desde Washington a Buenos Aires, desde México a Lima, desde Bogotá a Córdoba. Ambos estaban convencidos, tanto a nivel ideológico como político, de que la emancipación debía extenderse de manera inseparable contra todas las formas de violación de las libertades y de los derechos. Contra la opresión política, especialmente bajo la forma abyecta de la tiranía, pero también contra las otras no menos despreciables del dominio colonial, de la esclavitud y de las prácticas imperialistas. Luchando contra estas posiciones reaccionarias, que dominaban la creciente Restauración europea, sobre todo después de los fracasos de 1848-1849, Mazzini y Garibaldi teorizaron la necesidad del liberalismo democrático, reconociendo el derecho de todos los pueblos a la independencia y a la justicia social. Pensamientos, en esa época, de excepcional modernidad, que iban contra la corriente de las ideologías prevaecientes y eran una original síntesis tanto de las motivaciones como de los principios de algunas de las teorías políticas liberales, democráticas y socialistas.

Por todas estas razones la dimensión europea y americana de la figura de Garibaldi, y de algunas formas del “garibaldismo”, representan una evidente y relevante excepción que desmiente las visiones historiográficas “nacionalistas” y ultraprovincianas en las cuales se ha querido contener y limitar la historia y la interpretación del *Paese Italia* (para utilizar el título de una de las últimas obras de Ruggiero Romano), casi confirmando de este modo, con la aprobación de la ignorancia alimentada por las historiografías “oficiales”, la ilusoria existencia de una historia que debería considerarse “sólo” italiana, que parte de la Unidad y llega hasta la República democrática surgida de la Resistencia contra el nazifascismo.

A comienzos del siglo XIX, la emblemática simbología que gira alrededor del mito de Garibaldi, orgullo de un pueblo y prestigiosa efigie de su alcanzada unidad, permitirá posteriores y cada vez más contradictorias interpretaciones de su herencia, tanto en la clave fascista como en la de diversas tendencias de la cultura del antifascismo. Para quienes consideraban la revolución iniciada por Mussolini como la continuación y la realización finalmente alcanzada del (segundo) Risorgimento, no había duda que Garibaldi era un precursor de la italianidad fascista. Al contrario, para aquellos que invocaban la perspectiva de la revolución socialista, Garibaldi fue interpretado como el defensor de los derechos de los pueblos en sus luchas por la independencia, la igualdad y la justicia, como experiencia social cuyas potencialidades irrumpieron de manera clamorosa con la guerra franco-prusiana y la Comuna de París (iniciada en marzo de 1871), que no casualmente había visto cómo el anciano general abrazaba a su manera al socialismo internacionalista luchando junto a los franceses contra la invasión alemana, haciendo valer su palabra de orden: “para salvar a toda costa la República”. Su *hermano* Gambetta presidía el gobierno y las tropas prusianas asediaban París. Garibaldi no duda: ofrece su espada a los franceses y llama a voluntarios de todo el mundo para constituir las “brigadas internacionales” en defensa de la revolución republicana. Logra reunir más de 20 000 hombres en cuatro brigadas de tiradores y una de guardias nacionales, entre las cuales las más numerosas son las célebres Camisas Rojas donde luchan sus hijos Menotti y Ricciotti. Algunas se referían explícitamente a América: la Legión de Montevideo (comandada por el teniente Collin), la Legión Franco-Americana (teniente Soulá), Cuerpo Franco de Buenos Aires (capitán Pflieger), legión Garibaldina Española (comandante Cacelo), Cuerpo Franco de Río de Janeiro (capitán Jammet).

También a las Américas llegó la noticia de que Garibaldi, al contrario de Mazzini (crítico horrorizado de la Comuna), estuvo decididamente de parte del pueblo insurrecto de París contra los “políticos del sistema burgués”; pueblo que el jefe de las Camisas Rojas identificó con la causa de la “virtud humanitaria, asediada por la reacción y la opresión de la Europa reaccionaria”. El 2 de mayo de 1871 escribía a sus amigos de Niza que los parisinos “reunidos en la gran familia llamada Comuna combatían animados por un sentimiento de justicia y humana dignidad” y no, como se decía, en nombre de esa caricatura del comunismo “que los detractores del proletariado y los partidarios del sistema burgués pensaban que consistía en hacer ricos a los pobres y empobrecer a los ricos”.⁶

2

EN resumen, la revisión hecha recientemente por la crítica historiográfica ha demostrado que Garibaldi fue un protagonista de primerísimo plano en su tiempo, no sólo en Italia y no sólo en Europa. No es casual que, quizás sólo junto a Mazzini, el general de Niza sea objeto tanto de reflexiones como de críticas por parte de personalidades políticas europeas principales y tan significativas y disímiles como Marx o Tocqueville, Stuart Mill o Bakunin, Louis Blanc, Proudhon o Jean Jaurès. Al mismo tiempo, y de manera excepcional para la Italia de su época, estuvo entre los primeros en conocer por experiencia directa la complejísima realidad americana y la influencia polémica y determinante que en su interior habían tenido y seguían teniendo los ejemplos político-militares de las muy recientes luchas victoriosas por la independencia de Washington y Bolívar, de San Martín y Sucre, protagonistas de la ruptura del vínculo colonial con los imperios europeos y la afirmación de las libertades en esa forma revolucionaria de Estado que fueron las repúblicas.

Debe recordarse que el primer testimonio de Garibaldi sobre Simón Bolívar es de 1851, cuando por segunda vez viaja a América después del dramático fracaso de la República Romana, y cuando, condenado a muerte, huye a lo largo de las costas del Adriático, donde muere la jovencísima Anita, y llega a través de increíbles peripecias a Tánger, después de varios meses de permanencia en Túnez para trasladarse en junio de 1850 a Liverpool y embarcarse hacia Nueva York. En la primavera de ese año, una vez en Panamá, se dirige a Lima, siguiendo la

⁶ Richard Hostetter, *Le origini del socialismo italiano*, Milán, Feltrinelli, 1963, pp. 278-279.

ruta del Pacífico para desempeñar después diversas actividades, no sólo políticas sino también de negocios y comercio con el Extremo Oriente, habiendo obtenido la ciudadanía peruana.⁷

En esta situación, Garibaldi conoció a Manuelita Sáenz, la amante y compañera ecuatoriana de Bolívar, conocida popularmente como *La Libertadora*, que en ese periodo se encontraba también exiliada en Perú, una vez desintegrada la República de la Gran Colombia, que había sido fundada y presidida por Bolívar. El hecho tuvo para Garibaldi un relieve digno de sus *Memorias*, en las cuales evoca la figura “graciosa y gentil” de “la generosa Señora”:

en la travesía pasamos por Guayaquil, de donde traté en vano de descubrir la cima del Chimborazo, casi siempre escondido tras las nubes. En Paita desembarcamos y nos quedamos un día, siendo hospedado en casa de una generosa señora, que se hallaba en cama desde hacía años, víctima de un ataque apopléjico en las piernas. Pasé parte de ese día junto al lecho de la señora. Yo sobre un sofá; y aunque algo mejor de salud, estaba obligado a permanecer acostado y sin moverme. Doña Manuelita de Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo haya visto. Había sido la amiga de Bolívar y conocía las más minuciosas circunstancias de la vida del gran Libertador de América Central [*sic*], cuya vida entera consagrada a la emancipación de su país y las virtudes supremas que lo adornaban no sirvieron para sustraerlo al veneno de la lengua mordaz de la envidia y del jesuitismo, que amargaron sus últimos días.

Cuando en 1830 muere Bolívar, la orgullosísima Manuela tenía treinta años, y aunque los enemigos políticos del Libertador la persiguieron con saña, había permanecido fidelísima a la memoria de su amante, cuyas hazañas seguirá admirando y contando. Sumida en una extrema pobreza, vivía en la aldea de pescadores de Paita sobre la costa del Pacífico, donde murió cinco años después del encuentro cuya despedida Garibaldi evoca con afectuoso sentimiento: “Después de esa jornada que no vacilo en llamar deliciosa, después de tantas angustias que había pasado, que transcurrió en la querida compañía de tan interesante inválida, la dejé verdaderamente conmovido, ambos con los ojos húmedos, presintiendo sin duda que era aquel para ambos el extremo adiós sobre esta tierra”.⁸

⁷ Augusto Ferrero, *La presencia de Garibaldi en el Perú*, Lima, Universidad de Lima, 2005.

⁸ Giuseppe Garibaldi, *Le Memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872*, a cura della Reale Commissione per la Edizione Nazionale degli Scritti, Bologna, L. Cappelli, 1932, p. 330.

Sus consideraciones finales en las *Memorias* dan idea del complejo estado de ánimo que lo atormentaba después de los recientes fracasos de la revolución liberal y republicana en Italia, pensando que el mismo Bolívar, más allá de tantos éxitos militares y políticos que había logrado al final de su vida y de su poder, había sido objeto de las formas más viles de difamación e ingratitud, que lo afligieron sus últimos meses. Exclama Garibaldi: “¡Es una vez más la historia de Sócrates, de Cristo, de Colón! ¡Y el mundo sigue presa de las miserables nulidades que lo saben engañar!”.

Uno de los motivos de la admiración que Garibaldi tuvo hacia Bolívar se debía al tipo de estrategia político-militar que el venezolano había sabido desarrollar durante los largos años de la guerra contra los Borbones en América. Estrategia que tuvo su punto más alto y controvertido en el ejercicio de la que se denominaba Dictadura Temporal, inspirada y retomada de la experiencia institucional de los siglos de la Roma republicana. Dictadura establecida para poder concentrar, en coyunturas excepcionales y por un “tiempo determinado”, todas las energías y los recursos de un pueblo en lucha por la libertad, bajo un mando único. Concepción teórica y práctica de la dictadura “a término”, cuya necesidad Garibaldi sostuvo —aunque con resultados no siempre positivos— durante toda su carrera en los distintos lugares en los que combatió tanto en Sudamérica como en Italia o Francia.

Convicciones reafirmadas en varios escritos y en sus *Memorias*. La tesis era así formulada: “El derecho de un pueblo debe ser el de elegir un jefe temporal, por el menor tiempo posible, y no ocuparse del gobierno sino a la elección de su sucesor. Esto en tiempos urgentes; y para Italia, os lo aseguro, la urgencia durará un rato, con tanta corrupción”. La razonada convicción de Garibaldi era la siguiente:

La República no llegará a vosotros sin merecerla, sin sudar por tenerla; pero no imitéis, por Dios, a nuestros hermanos de España, que por demasiada precipitación empeoraron su condición [...] Por eso repito: dueños de vuestro destino, no debéis elegir a los Quinientos que os llevarán a Bizancio. En Bizancio, mientras Mahomet II asaltaba las murallas de la ciudad, los Quinientos disputaban en Santa Sofía si se debía comulgar con pan ázimo o pan con levadura. Con elección directa elegid a un dictador. Ésta es la más gloriosa institución que haya existido en Italia; el más espléndido periodo de la historia [romana] del grandísimo pueblo.⁹

⁹ *Ibid.*, pp. 624-626.

Sin embargo, reconoce Garibaldi, “sé que no faltan opositores a mi idea, y aun entre mis amigos”. Pero ¿cuál es el verdadero motivo de estas oposiciones? Éstas surgen —responde Garibaldi— de la indebida confusión entre “dictadura” y “tiranía”.

Pasa con la dictadura como con el maquiavelismo, considerado, sobre todo por los extranjeros, como sinónimo de fraude y falsedad. Sin embargo el gran Maestro del arte y de la guerra [es decir] Maquiavelo, reposa en la iglesia de Santa Croce y es una de nuestras mayores glorias. De este modo, [explica Garibaldi], de la dictadura han hecho sinónimo de tiranía, porque hubo un César. Pero, sin recurrir a esa masa de dictadores honestos que ornamentan la historia de nuestros padres, Washington y Bolívar, libertadores del Nuevo Mundo, sin tener el título, ¿no ejercieron una verdadera dictadura? Y Andrea Doria, sin ir más lejos, ¿no fue un dictador de Génova por su mérito y por la imposición u omnipotencia de Carlos V? Y Doria, como Cincinato, devolvía al pueblo el poder supremo y volvía a la muchedumbre de los ciudadanos.¹⁰

Pocos años después, la relación entre Bolívar y Garibaldi —a propósito de la lucha por la independencia sostenida por el Libertador de Caracas como “jefe temporal” de la “Dictadura Republicana” —es uno de los temas que analiza Luigi Musini, el patriota garibaldino, que entre otros méritos tuvo el de haber escrito la más amplia e importante biografía del héroe americano en los años del Risorgimento. Citemos entre sus razonamientos:

Bolívar, el 4 de noviembre de 1813, fue nombrado Dictador. Que nadie sospeche que en Bolívar se alojaron sentimientos ambiciosos, porque toda su vida constituyó una prueba luminosa de la pureza de sus intenciones. Proclamando la necesidad de la Dictadura, Bolívar salvó la causa americana porque —reflexiona Musini— por mal que suene esta palabra al oído de un republicano, es cierto sin embargo que en los momentos supremos un dictador que sea un ciudadano honrado salva la patria y la libertad. Dichosos los pueblos que ante el peligro saludan con el nombre de dictador a Cincinato, Washington, Bolívar y Garibaldi.¹¹

Sin embargo, no es sólo la forma de gobierno de la “dictadura” lo que facilitó la ambigua y posterior afirmación del mito de Garibaldi —en sus versiones neojacobinas de inspiración más o menos marxista o comunista o dictatoriales de cuño fascista— y lo que distorsionó y manipuló su conducta pública, tanto militar como política, embistiendo

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Luigi Musini, *Vita di Simón Bolívar*, Fidenza, Borgo San Donnino, 1876, p. 26.

de modo ideológico y prepotente la realidad de su tiempo. La otra fuente del mito y de su propagación hasta la mitad del siglo pasado, y la bien conocida analogía con la figura del Che Guevara, fue la del “guerrillero heroico”, internacionalista *avant la lettre* como el argentino. Mito que no casualmente tuvo su origen y su primera irradiación en los años de experiencia americana y de observación atenta que el joven Garibaldi hizo de las “técnicas” militares y organizativas de las *guerre guerregiate* (literalmente “guerras guerreadas” o “pequeñas guerras”: guerrillas) practicadas en tantas ocasiones por los ejércitos de los “padres de la patria” durante las luchas por la independencia.

Es necesario aquí hacer una digresión. Hoy día la comparación entre Garibaldi y el que se convertirá en la figura legendaria del siglo xx latinoamericano, el comandante Ernesto Guevara, presenta algunas singulares y sorprendentes coincidencias que tienen su origen, no casualmente, justo en los años del Garibaldi “sudamericano”, en el cual se conjuntaron la virtud del héroe romántico con las extraordinarias dotes de valentía, perseverancia, generosidad con sus compañeros y respeto por los enemigos vencidos en batalla, que caracterizan al *condottiero*, al marino y al soldado ejemplar.

La analogía tiene además otras matrices: como el Che en Cuba y en Bolivia, Garibaldi junto con sus compañeros de las Camisas Rojas en Uruguay fue acusado de ejercer una forma sospechosa y subversiva de “patriotismo cosmopolita”, de estar a la cabeza de una “legión de extranjeros” y denigrado como “mercenario” y “bandido”. La prensa que defendía los intereses de los grandes estancieros y de su jefe el reaccionario y clerical Rosas, en particular la *Gaceta Mercantil* de Buenos Aires, lo atacaba definiéndolo “el chacal de los tigres anglo-franceses”, denunciando y temiendo el hecho de que había sido nombrado —después de derrotar a la flota argentina que bloqueaba el puerto de Montevideo— en acuerdo con los unitarios, el 2 de agosto de 1845, jefe de las Fuerzas Navales de la República Uruguay, guiando a las cuales juntamente los efectivos franceses e ingleses, obtendrá la difícil pero clara victoria de San Antonio del Salto en febrero del año siguiente, uno de los episodios más relevantes del célebre “sitio grande” de Montevideo. En él, además de la Legión Italiana, participaron, recuerda Garibaldi: “doscientos nacionales a las órdenes del Coronel Batllé, hoy [1872] general y presidente de aquella República, más otros cien hombres de caballería con dos piezas de a cuatro y seis caballos”.¹² La acción de Salto había sido precedida el 31 de agosto de

¹² Garibaldi, *Crónicas en la cuenca del Plata* [n. 4], p. 161.

1845 por el asedio y la toma de la pequeña ciudad de Colonia, y la *expedición bucanera* dirigida por la escuadrilla de Garibaldi había ocupado (el 5 de septiembre) la isla Martín García así como también los pueblos argentinos de Gualeguaychú y de Concordia.¹³

En cambio, como sabemos, la “banda de los hermanos”, es decir los liberales de la Legión Italiana (constituida en Brasil en 1837 y compuesta, además de Garibaldi, por Luigi Rossetti, Giovanni Lamberti, Luigi Carniglia, Pasquale Lodola, Giacomo Fiorentino, Maurizio Garibaldi y otros) forjó su fama apareciendo como la síntesis ejemplar de hermandad y abnegación, de devoción militante a la causa liberal y republicana, haciendo honor al “cosmopolitismo político” que remontaba al espíritu burgués de quienes participaron en la revolución angloamericana y en la francesa, o en ambas, como fue el caso excepcional pero significativo de Francisco de Miranda y del marqués de Lafayette. La imaginación de los garibaldinos, sostenedores de los ideales que darían vida a la unidad de Italia, hacía soñar a muchos patriotas con la posibilidad de llevar a término “grandes acciones capaces de conseguir la emancipación y la libertad de los pueblos”, manteniéndose alejados y opuestos al ejercicio “tiránico y despótico del poder”.¹⁴

Debe sin embargo agregarse —para completar la información, en especial para el lector europeo— que la lucha del caudillo de Buenos Aires contra los ingleses y sus aliados europeos no sólo obligó a Londres a cambiar su estrategia militar y económica para penetrar con mayor éxito en Argentina, sino también, al mismo tiempo, hizo que “el despotismo bárbaro” y la resistencia de Rosas a la política de las potencias europeas aparecieran como un precedente histórico de la reacción contra el imperialismo (inglés primero y estadounidense después) en Argentina. La interpretación “nacionalista” de Rosas se convertirá, en efecto, en una constante singular y contradictoria que reaparecerá también en los años treinta del siglo pasado con el golpe militar de José Francisco Uriburu y en el pensamiento de algunos de sus seguidores como Carlos Iburguren (del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, autor de una biografía de Rosas y de su hija Manuelita) y, hecho todavía más paradójico, en los años setenta de la organización revolucionaria Montoneros, los cuales llegaron a incluir los retratos de Rosas entre sus símbolos en la lucha armada por la toma del poder.

¹³ Néstor Colli, *La política francesa en el Río de La Plata: Rosas y el bloqueo de 1838-1840*, Buenos Aires, Cesari, 1963; John Lynch, *Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

¹⁴ Lucy Riall, *Garibaldi: l'invenzione di un eroe*, Roma, Laterza, 2007, pp. 50-53.

POR todas estas razones, fue desde estos comienzos en los años cuarenta del siglo XIX que la figura de Garibaldi empieza a entrar en la opinión pública popular de liberales y demócratas americanos y a difundirse, a menudo en modo legendario, como sabemos por el precioso testimonio de un escrito, no suficientemente valorado, de Bartolomé Mitre. El joven argentino se encontraba con su familia exiliado en Uruguay y también él en lucha contra Rosas a las órdenes del caudillo Fructuoso Rivera (que en julio de 1838 había derrotado al aliado de Rosas, Manuel Oribe, y el año siguiente se había convertido en presidente de la república), que lo había nombrado capitán. Poco tiempo después encontrará al compañero de lucha Garibaldi, por el cual mostró una afectuosa deferencia. Debe recordarse que con las que entonces se llamaban “lanchas de guerra” (en realidad más bien de guerrilla) Garibaldi había varias veces honrado su lema: “en el mar no temo a nadie”, como testimonió su histórico rival el almirante Guillermo Brown, que dirigía las fuerzas navales de Rosas en el estuario del Río de la Plata y que consideraba al jefe de la legión italiana como “un valiente”. Un texto pues, el de Mitre, en el cual el joven combatiente es evocado con admiración, al ser comparadas sus dotes con las de un héroe clásico, como salido de la pluma de un Plutarco, cualidades reforzadas por la visión romántica que de Garibaldi transmitieron muchos de sus contemporáneos, como fue el caso de Alejandro Dumas.

Retrato de Garibaldi que, ¡vaya casualidad!, termina comparándolo con la imagen tradicional y popular de Cristo, cuya efigie, a su vez, nos remite ahora un siglo después y casi inevitablemente a una similar: la que ha construido y transmitido la iconografía del imaginario popular latinoamericano del “Chesucristo de Valle Grande”, del “San Ernesto de la Higuera”, imágenes con las cuales el comandante Guevara ha entrado y se ha perpetuado en su mito.¹⁵

Recordaba Mitre años después —cuando ya había sido gobernador de Buenos Aires y presidente de la República Argentina— evocando al joven de Niza durante las hazañas del “sitio grande” de Montevideo:

En aquella época tenía Garibaldi 36 años de edad [...] de ademanes fáciles y medidos, acentuados por el balanceo cadencioso del marino que cree sentir

¹⁵ Alberto Filippi, *Il mito del Che: storia e ideologia dell'utopia guevariana*, Turín, Einaudi, 2007, pp. 63-65.

bajo sus plantas el movimiento de las olas agitadas [...] Las líneas de su perfil, correctamente griego, eran rígidas y austeras. Su cabeza, abultada y bien modelada, que llevaba siempre erguida, poblada de una cabellera rubia, larga y sedosa a la nazarena, con una barba entera de tinte rojizo a la que el sol daba reflejos leonados, hacía recordar los bustos de los héroes antiguos vaciados en el tipo ideal que se ha dado a las imágenes del Cristo. De tez blanca y color encendido por la sangre generosa, tenía en sí los elementos de la belleza y de la fuerza física, pero su belleza era más bien moral, como lo era su poder de atracción respecto de las masas y el ascendiente de su valor firme y sereno en medio de los peligros.¹⁶

Volviendo a las influencias americanas en la formación de la personalidad de Garibaldi y de gran parte del espíritu o del modo de ser “garibaldino”, se debe reconocer que la enorme simpatía y el respeto que tuvo por la epopeya de la independencia no se limitaban al conocimiento —en muchos casos obtenido de fuentes de primera mano— de las mayores batallas, de tipo “regular” o tradicional, como pueden ser las de Chacabuco, Maipú, Boyacá, Carabobo, Ituzaingó, Junín o Ayacucho, sino sobre todo las distintas formas de guerra y de guerrilla, de *montoneras* o de rebeliones armadas que caracterizaron intensa y sistemáticamente el ciclo de las guerras de liberación hasta 1830. Un caso ejemplar para Garibaldi fue la experiencia de José Gervasio de Artigas, fundador en 1815 de la independencia de la Provincia Oriental, cuya figura de republicano en lucha contra el poder de los grandes latifundistas y por la justicia social, en relación con los campesinos y los indios, atrajo a Garibaldi, como ha evidenciado el historiador Carlos Rama.¹⁷

En síntesis, Garibaldi llegó a encontrarse en lugares especialmente privilegiados para poder conocer de manera directa hombres y situaciones que fueron protagonistas de esas innovadoras experiencias de organización militar del pueblo, típicas de la tradición hispánica, tan ampliamente experimentadas en la península ibérica durante la lucha patriótica de los españoles, de Cataluña a Andalucía, contra la invasión napoleónica de 1808. Tradición bien entendida y valorada por algunos autores que precedieron al joven de Niza introduciendo en Italia aquellas notables experiencias político-militares de la “guerra de guerrillas” (de la *petite guerre*), de la “guerra de recursos” o de las “guerras por bandas armadas”.¹⁸ De España a América en lucha contra Napoleón y

¹⁶ Bartolomé Mitre, *Un episodio troyano: recuerdos del sitio grande de Montevideo*, en *id.*, *Páginas de Historia*, Buenos Aires, Editorial Buenos Aires, 1906.

¹⁷ Carlos Rama, *Garibaldi y el Uruguay*, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1968.

¹⁸ Ribeiro, *El caudillo y el dictador* [n. 3], pp. 103 y 162.

contra el Borbón, las *guerre guerregiate* y las guerras corsarias desde los ríos y los mares del sur hasta el Caribe, constituyeron un formidable laboratorio también para los futuros protagonistas de la emancipación italiana. El “patriota guerrero”, como paradigma de la lucha contra el despotismo y la opresión, fue uno de los símbolos fundadores del “mito del Risorgimento” de Garibaldi y de los garibaldinos que se convirtió en vínculo y puente entre la independencia hispanoamericana y la unidad de Italia, proyectando así el mito a los dos lados del Atlántico. El mismo Garibaldi en una carta a *The Court Journal* de Londres (del 15 de enero de 1860, pero aparecida el 28 del mismo mes) explicó y defendió su experiencia en el conocimiento y la práctica del “arte de la guerrilla”.

Valoración positiva de la experiencia hispanoamericana que entre los italianos tuvo inicio con el texto de Luigi Angeloni *Della forza nelle cose politiche*, publicado en Londres en 1826, y con el piemontés Carlo Bianco di Saint-Jorioz, autor de un libro que se hará rápidamente célebre: *Dalla guerra nazionale d'insurrezione per bande applicata all'Italia. Trattato dedicato ai buoni italiani da un amico del paese*, publicado en Marsella en 1830. Texto que debe ser considerado como el primer manual, por así decir moderno, de guerrilla, en el cual se teorizaba “el exterminio de todos los hombres, que por su naturaleza, circunstancias y prejuicios son decididamente contrarios al cambio”.

El manual analizaba, explicaba y difundía de modo particular la experiencia de la enconadísima lucha de resistencia y de guerrilla contra la invasión napoleónica de España primero, y de la defensa del legítimo gobierno constitucional en 1821, cuando Carlo Bianco combatió valientemente como parte del estado mayor de Rafael de Riego. Tras la derrota de los constitucionalistas liberales en 1823, por obra de la secta reaccionaria de los Apostólicos y de los franceses del duque de Angoulême, Bianco fue encarcelado en Málaga, después escapó a Grecia y luego a Lyon y Marsella, donde se encontró con Mazzini, militando en la Joven Italia y la Joven Europa.

Mazzini —como inmediatamente después hará Garibaldi— elogiaba el *Trattato* de Carlo Bianco porque indicaba con precisión cómo superar las limitaciones y las derrotas que habían sufrido los liberales europeos y las insurrecciones de 1821, naufragadas justamente por subestimar la centralidad de la “cuestión militar”. Se trataba más bien de recorrer “la única vía por la cual la insurrección italiana puede prepararse una victoria infalible”, escribía Mazzini el 31 de agosto de 1843 en la síntesis biográfica de Carlo Bianco (suicida ese mismo año) apa-

recida en la revista *Apostolato Popolare*, partiendo del ejemplo, éste sí todavía vigente, de las luchas político-militares de los “pueblos de la América meridional guiados por el ilustre Bolívar”.¹⁹

Por otra parte, hay también que reconocer que la valoración de la obra de Garibaldi y del alcance de su mito y del uso político de su “culto heroico” dentro y fuera de Italia fue en gran medida determinada desde un comienzo por la retórica oficial de la casa de Saboya, que lo usó para apuntalar la construcción ideológica de la nueva “italianidad” como punto de llegada de un Risorgimento que en cambio, en la opinión crítica de los dirigentes republicanos, había sido logrado como resultado de la “conquista del rey” y no como expresión de un “movimiento popular” a nivel nacional.

Digamos que para entender mejor las razones que se hallan en la base de las interpretaciones americanas del papel (positivo o negativo) de Garibaldi, y de las repetidas polémicas en las Américas de entonces, entre monárquicos y republicanos, conviene tener en cuenta unas consideraciones metodológicas de Antonio Gramsci cuando en el *Diciannovesimo quaderno* observa cómo la conexión entre las distintas corrientes políticas del Risorgimento y las fuerzas sociales existentes en las diversas partes del territorio italiano se reducían a un hecho central y de fondo que resultó determinante:

Los moderados representaban a un grupo social relativamente limitado (y en todo caso siguiendo una línea de desarrollo orgánicamente progresivo), mientras el así llamado Partito d’Azione no se apoyaba específicamente en ninguna clase histórica y las oscilaciones de algunos de sus órganos directivos en último análisis se ajustaban siguiendo los intereses de los moderados. Es decir —explica Gramsci— históricamente el Partito d’Azione estuvo dirigido por los moderados: la afirmación atribuida a Víctor Manuel II de “tener en el bolsillo” al Partito d’Azione o algo semejante es prácticamente exacta, y no sólo por los contactos personales del rey con Garibaldi, sino porque de hecho el Partito d’Azione estuvo dirigido “indirectamente” por Cavour y el rey.

Sobre estos temas tan controvertidos fueron célebres en Buenos Aires las peleas furiosas que opusieron en la asociación Unione e Benevolenza (que había sido fundada en 1858) a los grupos de garibaldinos y mazzinianos republicanos con los monárquicos, las cuales llevaron a estos últimos a abandonar la asociación y a constituir en 1861 la Società Nazionale Italiana.

¹⁹ Alberto Filippi, *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, Risorgimento, Fascismo*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987, pp. 110 y 109 respectivamente.

De todos modos, fue tras la conclusión de las guerras de independencia y con la gestión saboyana de la Italia unida al terminar la primera Guerra Mundial cuando se difundió la idea de un “Risorgimento incumplido” y se analizaba cada vez más críticamente a Garibaldi en nombre de los ideales republicanos de Mazzini, que lamentablemente seguían siendo muy válidos. Entre los liberales más ortodoxos, que se consideraban custodios de la tradición mazziniana, se criticaba a la figura de Garibaldi, convertido en víctima y cómplice de la monarquía, que lo había usado para sus propios fines, reduciéndolo a “héroe populachero y decadente”.

Un joven Curzio Malaparte (que todavía firmaba Suckert), en el número 23 de la revista de Piero Gobetti *La Rivoluzione Liberale*, en un artículo titulado “Gli eroi capovolti” [Los héroes con la cabeza hacia abajo], a propósito del Risorgimento, proponía la comparación crítica entre Garibaldi, convertido en “tiranuelo democrático [...] especie de héroe populachero y decadente, enemigo de los suyos sin saberlo, preocupado por llevar la guerra a los extranjeros para despertar a los italianos”, y precisamente Mazzini, “el pálido y desdeñoso genovés, apóstol de la lucha oculta contra la mayoría de los italianos, enemiga de la Unidad [de Italia] y la independencia [...] contraria a los familiares más que a los extranjeros, preocupado sobre todo por despertar a los italianos para poder llevar la guerra a los bárbaros”.²⁰

Para concluir esta referencia a los comienzos del siglo pasado, hay sin embargo que hacer notar que el juicio de Gramsci sobre Garibaldi había sido en algunos aspectos positivo, de modo particular antes de la gran manipulación ideológica que sobre la figura del héroe (y, como veremos, también de Simón Bolívar) fue realizada por el fascismo en ocasión del cincuentenario de su muerte en 1932. En muchos escritos de la época fue realizado, de modo burdo y explícito, el intento de apropiarse de un mito popular (por otra parte asociado a aquél no menos carismático de Anita, cuyas cenizas fueron trasladadas a Roma precisamente ese año). El alcance que podía tener para la realización del “segundo” Risorgimento, que se consideraba estaba llevando a cabo Mussolini, fue teorizado de forma eminente por Giovanni Gentile con el ensayo “La originalidad de Garibaldi” publicado en su *Nuova Antologia* el 1º de junio de 1932.

En la entonces reciente perspectiva leninista de la dictadura revolucionaria, Gramsci consideraba necesario emitir un juicio positivo so-

²⁰ Eric Suckert Kurt, “Gli eroi capovolti”, *La Rivoluzione Liberale*, núm. 23 (1922), p. 85.

bre la dictadura garibaldina como factor “progresivo” capaz de cambiar, forzándola, una determinada situación histórica. En ese contexto, Gramsci remite a la comparación de Garibaldi con Bolívar en el único escrito —por lo demás desconocido en la vastísima bibliografía bolivariana— en el que cita positivamente al mayor protagonista de las luchas por la independencia hispanoamericana. Es un texto relevante no sólo por el ataque directo y tajante a Mussolini después del asesinato del líder socialista Giacomo Matteotti, sino porque introduce la distinción entre las dictaduras “progresistas” y su negación caricaturesca y reaccionaria como la del Duce: distinción que presagia las posteriores, agudas reflexiones gramscianas sobre las formas históricas del cesarismo y el bonapartismo desarrolladas en el *Quaderno Tredicesimo*, donde distingue entre el cesarismo “progresivo” de César y de Napoleón I y el “regresivo” de Napoleón III y de Bismarck.

Escribía pues Gramsci en el artículo “La crisis italiana”, aparecido en *L'Ordine Nuovo* (del 1º de septiembre de 1924): “El delito Matteotti ofreció la prueba de que el partido fascista no logrará nunca convertirse en un partido normal de gobierno, que Mussolini no tiene de estadista y dictador sino algunas pintorescas poses exteriores: no es un elemento de la vida nacional, es un fenómeno de folklore paisano, destinado a pasar a la historia en el lugar de las diversas máscaras provinciales italianas más que en el que es propio de los Cromwell, los Bolívar, los Garibaldi”.

4

COMO acabo de señalar, el momento más importante de las elaboraciones realizadas por la cultura fascista del mito de Garibaldi en relación con la América de Bolívar —la cual, en una auténtica exaltación de la propaganda racial-ideológica era ahora considerada como de origen “romano-latino”— fue la de 1930, en ocasión de las tantas manifestaciones organizadas por el régimen en Italia y América por el quincuagésimo aniversario de la muerte del Libertador. El acercamiento paradigmático y fecundo entre Bolívar y Garibaldi, los “dos héroes más representativos del genio latino”, se convierte en ocasión ideológica para trazar la estrategia cultural y política que debía sostener las nuevas relaciones que Mussolini pretende establecer con América Latina, de forma particular con la ya casi treintenal dictadura del general Juan Vicente Gómez en Venezuela.

En resumen, se trata de hallar (casi diría que inventar) antecedentes de la política “panlatina” del fascismo en relación con aquellos paí-

ses de un continente que había sido descubierto sí, por un “italiano” (Colón), pero que desafortunadamente fue luego colonizado por otros pueblos, españoles o portugueses, privándolo del mucho más grandioso “destino italiano” que habría podido tener. Además, en la mitificación del héroe Garibaldi, la relación entre los dos “genios latinos” permite realizar un salto más en la construcción de una supuesta genealogía que quiere descubrir en la “latinidad” tanto las raíces de la historia americana como de la política internacional del Duce. En efecto, partiendo de Roma, de la romanidad entendida como “cesarismo” y como “latinidad” se pueden invocar las razones históricas que justificaron la pretendida afirmación de la “italianidad fascista” tanto en el Mediterráneo como en Sudamérica, es decir en los espacios privilegiados que van señalados como banco de pruebas de las ambiciones neoimperiales de la política externa de Mussolini.

En este contexto, la pretendida reconstrucción historiográfica de la deseada continuidad ideal César-Bolívar, que había alcanzado su contemporaneidad pasando a través de la de Garibaldi y Mussolini, era ahora sostenida e impuesta como el eje del mito Garibaldi.²¹ Síntesis culminante de tales concepciones dirigidas a invocar y defender una presunta “latinización” de la América ibérica fue el discurso pronunciado el 12 de diciembre de 1930 en la solemne sesión de la Cámara de Diputados del Reino de Italia, estando presente Mussolini y todo el gabinete, por Ezio Garibaldi, ministro plenipotenciario *ad honorem* de “Su Majestad el Rey y nieto del Héroe de los Dos Mundos”.

Garibaldi y Bolívar: los dos héroes más representativos del genio latino. Garibaldi y Bolívar —exclama el orador— son los dos campeones de la idea latina; dos Libertadores; dos gigantes que identificaron la patria con sus vidas mismas. Tanto Garibaldi como Bolívar descienden de una común tradición latina, la de los Césares, de los Escipiones, de la estirpe de los forjadores de naciones, de los representantes más altos de este mundo occidental.

Mundo que según Ezio Garibaldi se halla —en los días en que se celebra el centenario bolivariano— en su gran momento histórico de posi-

²¹ He publicado en otra ocasión los textos elaborados por la cultura fascista sobre este tema central para la comprensión de la relación entre el fascismo con los países “latinos” de América, con particular referencia a las figuras emblemáticas del Libertador, de César, de Garibaldi y del Duce. Deben recordarse especialmente los textos de Gioacchino Volpe, Giuseppe Bottai, Dino Grandi, Emilio Bodrero, Paolo Nicolai, Luigi Franzì, en la sección italiana de *Bolívar y Europa, en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*, investigación dirigida por Alberto Filippi, Caracas-Barcelona, Ediciones de la Presidencia de la República, 1992, vol. 2.

ble regreso a las glorias imperiales de la antigua Roma, a la autoridad que impone el prestigioso pasado latino de un pueblo que justamente por eso es privilegiado en el conjunto de las naciones. Y es ese regreso a los orígenes lo que enlaza —en nombre de la asociación simbólica César-Bolívar— los ciclos históricos tanto de Italia como de Venezuela.

La historia —explica el nieto de Garibaldi— a veces conoce estos *ricorsi* [en el sentido de Vico] maravillosos. Cuando una estirpe, una nación, están en peligro, cuando se encuentran en el cruce entre la vida y la muerte y se proponen emprender nuevos caminos para su futuro, en ese momento, a partir de lo más profundo de sus entrañas, se manifiestan los héroes y los dictadores. Italia es la tierra clásica de estas manifestaciones de la providencia. El Duce Mussolini es la encarnación histórica en la que veo reproducidos algunos aspectos del espíritu de Bolívar, lo cual nos debe hacer suponer la existencia de auténticas leyes superiores, reguladoras de la evolución histórica. Cuando con Bolívar y los otros libertadores surgieron los Estados sudamericanos podemos afirmar —sostenía Garibaldi— que la civilización latina tocaba precisamente hace un siglo su extremo límite occidental, más allá del cual no está permitido ni tiene sentido aventurarse. En ello radica la incalculable grandeza de Simón Bolívar: en el haber marcado con el sello latino, para la eternidad, a las viejas colonias españolas; cuya decadencia, por otra parte, las habría destinado probablemente —si no hubiera sido por él— a caer en manos de los anglosajones o los alemanes.

Con el avance del fascismo en este inicio de siglo —consideraba Garibaldi— nos hemos dedicado al cumplimiento histórico de ese antiguo proyecto del *Imperium Mundi*; de ese diseño universal latino, para cuya realización práctica era indispensable incorporar a pleno título también los pueblos del Extremo Occidente geográfico, extendiendo y consolidando de este modo la latinidad “hasta donde es pensable, justo, lícito hacerlo y reivindicarlo efectivamente”. ¿Por qué razones —se pregunta Garibaldi— un inmenso imperio ideal no puede realizarse al mismo tiempo en Europa y América? ¿Cómo edificar, consolidar y proteger una unidad espacial y política tan vasta y ambiciosa? Aparentemente el obstáculo mayor —o por lo menos el más evidente— es de tipo étnico, es decir racial según el dirigente fascista. De hecho, mientras esta grande unidad latina que engloba a Europa y América posee hacia Occidente “una frontera natural y bien definida, constituida por el Océano Pacífico y sus límites hacia Oriente, que se hallan cerca de nosotros [en el Adriático] no están bien definidos y sobre estas fronteras empujan, buscando una salida a Occidente, pueblos y

estirpes históricamente enemigas y deseosas: los alemanes y los eslavos”.²²

El discurso de Ezio Garibaldi, pocos años antes de la imprevisible y arrolladora alianza de Mussolini con Hitler, pretendía poner las bases de la política internacional italiana apelando a la “romanidad” como fundamento de un dominio en Occidente que el fascismo debía ahora extender ahora hasta el continente de Bolívar: las celebraciones bolivarianas permitían establecer y exaltar una supuesta tradición romano-latina que habría tenido en Bolívar una de sus encarnaciones más emblemáticas, por cuanto aparecía, a la par de Garibaldi, tanto el continuador de César como el precursor de Mussolini.

5

FANESI estudia en su ensayo las distintas proyecciones americanas de la figura de Garibaldi, después de haber realizado, en los años pasados, diversas investigaciones, íntimamente relacionadas entre sí, relativas a la presencia y la difusión del fascismo en las Américas, así como al análisis de las posteriores acciones de lucha y resistencia al nazifascismo por parte de tantos italianos emigrados o exiliados en el continente, desde los comunistas a los “accionistas” (es decir militantes del Partido de Acción), desde los anarquistas a los católicos populares de Don Sturzo, a los liberales, a los judíos italianos que fueron perseguidos y obligados al exilio por las leyes raciales de 1938.

La variada y diversificada presencia —en Brasil, Argentina, Uruguay, Venezuela, Estados Unidos, Chile, México o Perú— de los protagonistas del fascismo y del antifascismo, con sus diferentes orígenes y militancias, se notaba en sindicatos y partidos, en organizaciones clandestinas, en centros de acción o en las redacciones de periódicos y revistas. Fueron los lugares en que se elaboraron y difundieron las variaciones americanas del mito de Garibaldi, en las más imprevisibles y hasta opuestas interpretaciones y manipulaciones.

En el caso de Argentina, donde el antifascismo goza de una más amplia plataforma cultural y asociativa, con ocasión del aniversario de la muerte en 1932 se desarrollaron diversas actividades dirigidas a oponerse a la propaganda de las autoridades consulares fascistas, que trataron de apropiarse de la herencia garibaldina. En Buenos Aires, en

²² Ezio Garibaldi, “Discorso alla Camera dei Deputati [che] acclama unanime e vibrante di altissimi sensi latini alla gloria immortale di Simón Bolívar”, *Corriere Diplomatico e Consolare*, número straordinario per il Centenario, Roma, diciembre de 1930.

el cincuentenario, fue pegado en las paredes de la capital un manifiesto, al cuidado de la Comisión de Homenaje a Giuseppe Garibaldi, que exaltaba su figura de “libertador de pueblos” comparándolo con el héroe argentino José de San Martín, uniendo a ambos bajo el título de *Vidas paralelas*, con el evidente objetivo de no relegar las celebraciones garibaldinas a una mera expresión de patriotismo italiano. Tal posición halla un paralelo en la prensa local que exalta el papel de los protagonistas de la historia patria, y en algunos casos con los acontecimientos italianos. Más tarde va a ser Albano Corneli —uno de los principales dirigentes del antifascismo italiano de América Latina— quien tome la palabra en la tribuna de *L'Italia del Popolo*, proponiendo una interpretación de Garibaldi antagonista del fascismo también en el sentido de su internacionalismo y de su filiación masónica. Vale aquí la pena reproducir una parte de la intervención de Corneli, que será un ferviente sostenedor y “propagandista” del nexo entre antifascismo y tradición garibaldina:

Y bien, si en Italia no se hubiera perdido todo vestigio de pudor y no dominase una vulgar banda de delincuentes en colusión con el rey y con el papa, ¿sería posible que tratara lejanamente de hacer pasar a este magnífico campeón de nuestra estirpe por uno de ellos, o de acuerdo con ellos? ¿Puede jamás un católico, un monárquico, un fascista, conmemorar a Giuseppe Garibaldi? Pero quien gobierna hoy en Italia se enorgullece de haber pisoteado el “cadáver putrefacto de la libertad” y Él luchó por la libertad. Pero quien gobierna hoy en Italia despliega programas antiEuropa; y Él era internacionalista. Pero quien gobierna hoy en Italia aplastó al partido socialista y al partido republicano; y Él fue el primer Gran Maestro de la Masonería. Pero quien gobierna hoy en Italia ha conformado un pacto con el Vaticano y ha resucitado el poder temporal de los papas; y Él lanzó el grito fatídico de “Roma o muerte” y más luchó y más sufrió justamente para abatir al papado. Entonces, ¿qué queda de la indigna comedia, de la malsana mascarada? Atrás, hienas y chacales, no os acerquéis al Héroe rubio, bello y bueno como el Nazareno. Él es —concluía Corneli— todo nuestro. Y está aquí con nosotros en el exilio. Está con el ejército vencido pero no domado del antifascismo. Retornará con nosotros.

La simbología del “patriota-guerrero” Garibaldi y de los garibaldinos “defensores de la república” entrará a la memoria colectiva del pueblo español durante la guerra antifranquista, y en la de muchos republicanos en los años del exilio, cuando se hallaron dispersos en varios países de América Latina. El recuerdo de las Brigadas Internacionales y sobre todo del Batallón Garibaldi (famoso en la opinión pública euro-

pea y americana junto con la XI División del comandante republicano Lister, después de la clamorosa derrota de las tropas de Franco y de Mussolini en Guadalajara, en marzo de 1937) que combatía con la visionaria y valiente palabra de orden acuñada por Carlo Rosselli: “Hoy en España, mañana en Italia”, repropuso el mito de Garibaldi con nuevos contenidos que tuvieron en el imaginario de las izquierdas de América Latina grandísima resonancia, justamente por la excepcional participación directa en la Guerra de España de tantísimos intelectuales, literatos y poetas americanos, entre los cuales Pablo Neruda, Ernest Hemingway, César Vallejo, Octavio Paz, Vicente Huidobro, Raúl González Tuñón, John Dos Passos, Alejo Carpentier.²³

La inspiración mazziniana y garibaldina de los voluntarios italianos en España es explicada por Rosselli en su apasionada defensa del internacionalismo en lucha por la libertad contra el “ejército dictatorial” de Franco (apoyado por Hitler y Mussolini), en el discurso del 13 de noviembre de 1936.

Escuchad, italianos. Es un voluntario italiano quien os habla por la radio de Barcelona. Hace un siglo la Italia esclava callaba y rugía bajo el talón de Austria, del Borbón, de los Saboya, de los curas. Todo esfuerzo de liberación era despiadadamente reprimido. Quienes no estaban en la cárcel eran obligados al exilio. Pero en el exilio no renunciaron a la lucha. Santarosa en Grecia, Garibaldi en América, Mazzini en Inglaterra, Pisacane en Francia, junto a tantos otros, al no poder luchar en el país, lucharon por la libertad de los otros pueblos, demostrando al mundo que los italianos eran dignos de vivir libres. De esos sacrificios, de esos ejemplos salió consagrada la causa italiana [...] y como en el Risorgimento, en la época más oscura, cuando casi nadie osaba esperar, del exterior llegaron el ejemplo y la incitación, nosotros hoy estamos convencidos que de este esfuerzo modesto pero viril de los voluntarios italianos hallará alimento mañana una poderosa voluntad de rescate. Es con esta esperanza secreta que hemos acudido a España. Hoy aquí, mañana en Italia. Hermanos, compañeros italianos, escuchad. Es un voluntario italiano que os habla por la radio de Barcelona.²⁴

También en Estados Unidos el antifascismo italiano se encuentra unido a las diversas manifestaciones de apoyo a la causa republicana española. Vale la pena citar lo que es emblemáticamente recalado en el número de agosto de 1938 de la revista *L'Unità Operaia* (bimensual

²³ Dario Puccini, “La guerra di Spagna e le sue ripercussioni nelle Americhe”, en *Americhe amare*, Quaderni di letterature d'America, Università di Roma La Sapienza, 1987, pp. 205-211.

²⁴ Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, Turín, Einaudi, 1959.

de los comunistas italianos en Estados Unidos) con ocasión de la ceremonia llevada a cabo el 4 de julio frente a la estatua de Garibaldi en Washington Square Park, con la presencia de más de cinco mil antifascistas:

El 4 de julio no se dijo ni escribió una palabra en los diarios fascistas sobre el aniversario del nacimiento de Giuseppe Garibaldi. Han entendido ya que las masas revolucionarias están dispuestas a luchar para arrancarles todo lo bueno y sano de nuestra Italia. Han entendido que la masa ya no está dispuesta a dejar que se insulten la gesta de Garibaldi y todas las gloriosas tradiciones de la lucha del Risorgimento italiano, del cual la heroica Brigada Garibaldi, compuesta por los mejores de la época moderna, que en el suelo de España reivindican con su propia sangre las tradiciones garibaldinas, es el testimonio más claro y sublime.

Años después, la figura del patriota italiano tuvo un notable impacto también entre las comunidades de militantes de izquierda residentes en las distintas partes de las Américas por las repercusiones que tuvo la formación en Italia en 1943 de las Brigadas Garibaldi, fuertemente sostenidas y organizadas por los comunistas italianos con la activa participación (importante en algunas regiones, como es el caso de Toscana) del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria.

Punto culminante de la valoración positiva de Garibaldi y del garibaldismo, en el ámbito de la relación estratégica Roosevelt-Stalin, fue justamente la posición de los comunistas italianos exiliados en Estados Unidos, que por medio de uno de sus representantes más autorizados, Giuseppe Berti, en el célebre mensaje dirigido al presidente Roosevelt, también publicado con el título de “En torno al monumento de Garibaldi los italianos cantan a la Italia libre” (aparecido en *L'Unità del Popolo* del 8 de julio de 1943), sostenían:

Nosotros, italianos y estadounidenses de origen y descendencia italiana de la gran ciudad de Nueva York, respondiendo al llamado que nos fue dirigido por nuestras sociedades comunitarias, cívicas y mutualistas, para conmemorar solemnemente este 4 de julio [1943] en Washington Square Park, el día de la independencia de Estados Unidos, que es también el aniversario del héroe de la democracia y de la libertad, el patriota italiano Giuseppe Garibaldi, después de haber renovado nuestro sagrado compromiso de hacer todo y todo dar, hasta la última gota de sangre, por la victoria de los Estados Unidos y sus Aliados en esta justa guerra, que marcará también la liberación del pueblo italiano de sus opresores fascistas y nazis, expresamos una vez más a Ud., presidente Roosevelt, nuestra más entusiasta apro-

bación del noble llamado por Ud. dirigido al pueblo de Italia, para que eche a los alemanes del suelo de la patria y derroque al gobierno de los traidores fascistas, retomando de esta manera su lugar respetado en la familia de las naciones, pudiendo elegir un gobierno popular de su elección, prometemos nuestro apoyo más activo a su política de guerra.

Vale la pena recordar, en fin, que los garibaldinos como protagonistas de las Brigadas Internacionales en España tuvieron su momento de mayor heroísmo durante los trágicos días de la defensa de Madrid, como recordaba el comisario Gustav Regler de la XII Brigada: “¡Madrid resiste! ¡Se ha levantado el dique de las Brigadas Internacionales! ¡Y el dique se mantiene firme!”. El llamado a Madrid es pronunciado en las distintas lenguas: “¡Batallón Taelmann, fertig machen, Batallón André Marty, descendez vite, Garibaldini, avanti!”. Son los mismos combatientes conocidos y cantados por Pablo Neruda en su *España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en guerra* (1936-1937), testigo de la “llegada de la Brigada Internacional”:

Entonces, quebrando la escarcha del mes de frío de Madrid, en la niebla / del alba / he visto con estos ojos que tengo, con este corazón que mira, / he visto llegar a los claros, a los dominadores combatientes / de la delgada y dura y madura y ardiente brigada de piedra [...] Camaradas / entonces os he visto / silenciosos y firmes / como campanas antes del alba / llenos de solemnidad y de ojos azules venir de lejos / y lejos / venir de vuestros rincones, de vuestras patrias perdidas, de vuestros sueños / llenos de dulzura quemada y de fusiles / a defender la ciudad española en que la libertad / acorralada / pudo caer y morir mordida por las bestias.²⁵

Retomada a la luz de la simbología representada por los garibaldinos defensores de la república y de la libertad contra el nazifascismo, la figura ya de por sí legendaria de Garibaldi entró en la vida cotidiana de muchos exiliados españoles en América y en el imaginario de tantos latinoamericanos que siguieron de cerca los trágicos acontecimientos de la Guerra de España. Por diversos motivos el batallón que llevaba el nombre de Garibaldi fue el más cercano a la memoria de muchos españoles, europeos y latinoamericanos que recordaban al joven Garibaldi en sus luchas libertarias sudamericanas.

²⁵ Niall Binns, *La llamada de España: escritores extranjeros en la Guerra Civil*, Barcelona, Ediciones de Intervención Cultural/Montesinos, 2004, pp. 219-223 y 241-245.

A este propósito, quiero concluir citando un episodio que si bien es muy singular no es menos significativo del impacto que la Guerra de España tuvo no sólo entre los latinoamericanos presentes en la península, sino también entre quienes siguieron de cerca aquellos episodios en América Latina. Me refiero a los padres de Ernesto Guevara en Córdoba, la ciudad del norte argentino. La hermana mayor de su madre Celia, Carmen de la Serna, estaba casada con Cayetano Córdoba Iturburu, militante comunista que fue nombrado corresponsal del cotidiano argentino *Crítica* en la Guerra Civil Española, por lo cual escribió crónicas de gran eficacia luego recogidas en el volumen, publicado en Buenos Aires en 1937, con el título *España bajo el comando del pueblo*. Un motivo más para que en la casa de Guevara se hablara de los sangrientos y heroicos acontecimientos y para que tales episodios, también en la versión poética de Neruda, de Rafael Alberti o César Vallejo, constituyeran una experiencia fundamental en la formación sentimental y civil de Ernestito. Doña Celia y la hermana Carmen leían con pasión la correspondencia del tío Cayetano, y más aún las cartas escritas a Carmen, contando la heroica defensa de Madrid. Cada avance o retirada de las tropas republicanas era seguida en un mapa de España en el cual, “jugando” a la guerra verdadera, Ernesto y sus hermanos, guiados por los adultos, indicaban las distintas posiciones de los ejércitos enemigos. Ernesto padre, Celia y los amigos comunes que vivían en Alta Gracia seguían con entusiasmo el heroísmo de los voluntarios de las Brigadas y fantaseaban con unirse a estas tropas de “caballeros de la libertad” de la “ardiente brigada de piedra”, que habían llegado a España de tantas partes del mundo: “de vuestras patrias perdidas, de vuestros sueños”.²⁶

Traducido del italiano por Hernán G. H. Taboada

²⁶ Filippi, *Il mito del Che: storia e ideologia dell'utopia guevariana* [n. 15], pp. 94-97.

BIBLIOGRAFÍA

- Binns, Niall, *La llamada de España: escritores extranjeros en la Guerra Civil*, Barcelona, Ediciones de Intervención Cultural/Montesinos, 2004.
- Candido, Salvatore, *Giuseppe Garibaldi corsaro riograndense (1837-1838)*, Roma, Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, 1964.
- Colli, Néstor, *La política francesa en el Río de La Plata: Rosas y el bloqueo de 1838-1840*, Buenos Aires, Cesari, 1963.
- De Rezende Martins, Estevão C., “Brasil visto por sí mismo (siglos XVIII- XIX)”, en Josefina Z. Vásquez, ed., *Historia general de América Latina*, vol. VI, *La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*, Madrid, Unesco/Trotta, 2003.
- Ferrero, Augusto, *La presencia de Garibaldi en el Perú*, Lima, Universidad de Lima, 2005.
- Filippi, Alberto, *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, Risorgimento, Fascismo*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987.
- , *Il mito del Che: storia e ideologia dell’utopia guevariana*, Turín, Einaudi, 2007.
- Garibaldi, Ezio, “Discurso alla Camera dei Deputati [che] acclama unanime e vibrante di altissimi sensi latini alla gloria immortale di Simón Bolívar”, *Corriere Diplomatico e Consolare*, número extraordinario per il Centenario, Roma, diciembre de 1930.
- Garibaldi, Giuseppe, *Le Memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872*, a cura della Reale Commissione per la Edizione Nazionale degli Scritti, Bologna, L. Cappelli, 1932.
- , *Crónicas en la cuenca del Plata (1872)*, Enrique Pique, sel. y pról., Montevideo, Arca, 2007.
- Garosci, Aldo, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, Turín, Einaudi, 1959.
- Gentile, Giovanni, “L’originalità di Garibaldi”, *Nuova Antologia* (1º junio 1932).
- Gramsci, Antonio, “La crisi italiana”, *L’Ordine Nuovo* (1º septiembre 1924).
- Hostetter, Richard, *Le origini del socialismo italiano*, Milán, Feltrinelli, 1963.
- Ibarguren, Carlos, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su tiempo, su drama*, Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán y Cía, 1933.
- Lynch, John, *Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984.
- Marani, Alma Novella, *El ideario mazziniano en el Río de La Plata*, La Plata, Centro de Estudios Italianos, Universidad Nacional de La Plata, 1985.
- Mitre, Bartolomé, *Un episodio troyano: recuerdos del sitio grande de Montevideo*, en *id.*, *Páginas de Historia*, Buenos Aires, Editorial Buenos Aires, 1906.
- Musini, Luigi, *Vita di Simón Bolívar*, Fidenza, Borgo San Donnino, 1876.
- Puccini, Dario, “La guerra di Spagna e le sue ripercussioni nelle Americhe”, en *Americhe amare*, Quaderni di letterature d’America, Università di Roma La Sapienza, 1987.
- Rama, Carlos, *Garibaldi y el Uruguay*, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1968.
- Riall, Lucy, *Garibaldi: l’invenzione di un eroe*, Roma, Laterza, 2007.
- Ribeiro, Ana, *El caudillo y el dictador*, Montevideo, Planeta, 2003.
- Suckert Kurt, Eric, “Gli eroi capovolti”, *La Rivoluzione Liberale*, núm. 23 (1922).